



EL CORAZÓN DELATOR: ALGUNAS REFLEXIONES DESDE EL PSICOANÁLISIS A PROPÓSITO DE LOS INFARTOS CARDIOVASCULARES Y LA ÉPOCA ACTUAL¹

John J. Gómez G.

Psicoanalista, Magister en Sociología, Doctorando en Psicología (UBA), profesor adjunto Universidad Abierta Interamericana, Buenos Aires, Argentina. Miembro del Colectivo de Análisis Lacaniano (CANAL).

RESUMEN

Este artículo presenta algunas conjeturas derivadas del análisis de entrevistas realizadas con sujeto que han padecido enfermedades cardiovasculares, específicamente infarto. Se ponen aquí en evidencia algunas modalidades en las respuestas del sujeto ante la angustia y el encuentro con lo que Freud denominó sentimiento inconsciente de culpa, particularmente por la vía del masoquismo moral.

Les he dicho que soy nervioso. Sí, lo soy. Y ahora, a medianoche, en el terrible silencio de aquella antigua casa, un resonar tan extraño como aquél me llenó de un horror incontrolable. Sin embargo, me contuve todavía algunos minutos y permanecí inmóvil. ¡Pero el latido crecía cada vez más fuerte, más fuerte! Me pareció que aquel corazón iba a estallar. Y una nueva ansiedad se apoderó de mí... ¡Algún vecino podía escuchar aquel sonido!

Edgar A. Poe. El Corazón Delator.

Si hemos elegido como título el del famoso cuento de Edgar Allan Poe, no es por su contexto en general, es decir, el de un hombre que, sin haber asesinado directamente a otro, supone que es el responsable de dicha muerte sólo por su intención y preparación para el acto. Esconde al hombre bajo el piso, luego de que éste muriese de un infarto. Pero su plan de silenciar a ese

¹ Artículo derivado de la investigación “La vida sexual y amorosa de Sujetos con desórdenes cardiovasculares, específicamente infartos”, realizada desde la cátedra de Psicoanálisis Freud, en la Universidad Abierta Interamericana. Profesora Titular: Lic. Silvia Zanelli.

corazón delator fracasa, pues mientras conversa con la policía en la habitación del difunto, los latidos del corazón del muerto lo atormentan y lo llevan a confesar un asesinato que, en rigor, ni siquiera había cometido: “¡Basta ya de fingir, malvados! -aullé-. ¡Confieso que lo maté! ¡Levanten esos tablones! ¡Ahí... ahí! ¡Donde está latiendo su horrible corazón!”.

Y bien, la elección tiene que ver, en realidad, con lo que en nuestros casos de investigación se revela a propósito del corazón que delata lo que la boca silencia no a nivel de los acontecimientos objetivos, sino, de la fantasía. Para comenzar, tomemos en consideración el siguiente fragmento de entrevista:

Entrevistador-*¿Cuál cree usted que ha sido la causa o las causas del infarto?*

Sujeto-*La causa del infarto fue que yo hice una hipoglucemia, aguda, y mi corazón no tuvo fuerza para latir. Y me infarté.*

E-*¿Podría usted relacionarlo con algún episodio anterior pero de su vida afectiva?*

S-No. Nada que ver.

E-*¿ha tenido situaciones en el año anterior que le han deparado angustia, preocupación, que la hayan afectado profundamente?*

S-No, no, no... nunca mezclé esas cosas yo. Son muy aparte.

E-*¿y en ese año anterior, tuvo usted manifestaciones como por ejemplo vértigo, terror nocturno o pesadillas, insomnio, mareos... [Interrumpe]*

S-Nada. Absolutamente nada. Solamente eran mis trastornos con la diabetes. Las hipoglucemias son horribles.

E-*¿Usted tiene miedo o temor a algo en especial?*

S-No. No nada.

El desconocimiento por parte del yo, de aquello que irrumpe en el cuerpo de manera sorpresiva, resulta evidente en muchos de los casos de los sujetos entrevistados. Señal de ello es la manera en que se refieren al episodio del infarto. Un sujeto, por ejemplo, dice: “Yo nunca me enteré que tuve un infarto. A mí no me pasó absolutamente nada. Yo fui porque me dolía el pecho y nada más”. Así, el sujeto parece ausente de la posibilidad de implicarse en aquello que le atañe directamente, aquello que retorna como autodestrucción en una ganancia de satisfacción que él mismo desconoce.

Ahora bien, si la angustia es la sensación del deseo del Otro es porque convoca al sujeto a reconocer que en el Otro algo falta. Él, el sujeto, parece llamado a reconocer que el otro lo reclama, lo demanda, no como siervo sino como deseante, es decir, como alguien que puede responder, desde su lugar, por eso que habla y se satisface desde un lugar que el yo no siempre puede reconocer. En el mejor de los casos, ante dicha angustia se abre la posibilidad de la pregunta y con ello el horizonte del reconocimiento, por parte del yo, no de lo que sabe, más bien de lo que se ha rehusado a saber, un saber no sabido. Más no siempre el yo está dispuesto a ello. Es así que si la angustia, como sensación del deseo del Otro puede ser obturada, el yo descarta su implicación en lo que le acontece. Se encuentra desafectado, desabonado de esa Otra escena que es la de lo inconsciente.

En tal sentido, un sujeto puede desconocer lo que por el cuerpo habla, como si ese cuerpo le fuese por completo ajeno; un mero organismo que funciona a la manera de una máquina que nada tiene que ver con su existencia. Pero nada más difícil que silenciar lo que no para de esforzar por hacerse saber. Indicación fundamental de Freud (1915), cuando señala que la represión no cancela a la pulsión, sino que sólo llega a perturbar las conexiones entre lo inconsciente y lo preconscious-consciente. Y si además, eso que retorna viene desde el fantasma, lugar donde el sujeto se identifica al objeto en un goce masoquista, no queda más que el cuerpo mismo para latir, pulsar, gritar, como extraño y a la vez familiar, incluso de manera siniestra. Lamentablemente esto no significa que siempre encuentre una oreja que sepa escuchar lo que tiene que decir, partiendo, obviamente, de lo que la propia oreja del sujeto omite de ese corazón que late y que al no ser escuchado, incluso, grita más allá de sus confines:

A mí hace poco, hace uno o dos meses atrás me agarró un acv. Lo mismo que me pasó con el corazón, me pasó, pero con, con el cardiovascular (se equivoca cardiovascular por cerebrovascular), perdí el habla, me quedé sin... sin...eh no me salía lo que yo quería decir, me salían otras cosas, es decir, me ponía nerviosa porque yo quería explicar y yo tenía como , como la lengua, como si tuviera una cosa endurecida en el tronco de la lengua y no podía... y

claro, lo primero que se jode cuando un accidente cerebro vascular, da por ese lado, no?

“No me salía lo que yo quería decir, me salían otras cosas...” Qué hace pues el sujeto con esas otras cosas que la lengua habla cuando el yo no puede controlar con precisión lo que “quiere” decir. Pues bien, es justo allí, donde toda explicación deviene a partir del órgano separado, del cuerpo como ajeno. Eso habla y el yo niega lo que desde allí lo llama. Y qué es lo que desde allí habla, justamente, el deseo del Otro.

En una época en la que el mercado lleva la batuta, el sujeto se afianza como un objeto más que debe funcionar sin parar. Actividades como leer, escribir, escuchar, reflexionar, tomarse un tiempo para escuchar los propios decires de lo inconsciente y ocuparnos de lo no sabido, son consideradas pérdidas de tiempo, salvo que estén puestas al servicio de otro que pueda usarlas como medio para producir ganancias económicas. Por lo demás, allí donde el sujeto podría aparecer, se le propone que no sea más sujeto del inconsciente y a cambio se le impone ser un sujeto de consumo a la vez que se convierte en un objeto que se consume hasta el agotamiento, cuando no, hasta la agonía. De tal manera, el sujeto no puede “detenerse a pensar” o escuchar eso que le habla desde el cuerpo, y como si se tratase de un auto que falla, intenta servirse del médico como un simple mecánico al que le demanda que lo mantenga en marcha, pues no le está permitido detenerse.

Dicho de otra manera, el sujeto hoy parece preferir la renuncia al amor y al deseo, entregándose así a la culpabilidad, sirviendo a un Amo que no lo ama y a Otro que no lo desea, no importa si ese otro es una persona o, como paradigma de esta modernidad llamada tardía, un objeto tecnológico. Y si renuncia al amor y al deseo, no hay transferencia posible porque, como sabemos desde Freud, el resorte de ésta es el amor y su herramienta de elaboración es la angustia en tanto motor que, como señala Lacan en su seminario sobre la identificación de 1962, y como hemos mencionado párrafos atrás, es “la sensación del deseo del Otro.” La angustia, en transferencia, puede funcionar como motor del deseo.

Pero y qué tal si algo del amor aparece. No es de olvidar que en nuestra cultura, corazón y amor son palabras que han estado ligadas, aunque ello halla requerido de flechazos que atravesasen el corazón que se interponía para salvar a su verdadero dueño, a las Dons, las doncellas, las dueñas, aquellas mujeres que en el amor cortés ostentaban la posesión del corazón de aquel que las amaba, quien estaba dispuesto a entregarlo por ellas sin pensarlo.

Nos dice otro sujeto:

...yo hoy por hoy estoy con la persona que amé toda mi vida.. ee.. después de 17, 18 años nos volvimos a encontrar... Mi hermana había subido una foto que yo estoy en Mar del Plata con mis sobrinos en la pileta en la casa y puso: 'Eloysito antes de su infarto y sus 3 angioplastias' y la foto era de año nuevo. Y entonces ahí ella se entero. Entonces la llamó a mi hermana, va, le mando un mensaje por el facebook, pasa que yo no tengo facebook, y le pregunto qué era lo que había pasado. Entonces después me llamó por teléfono y empezamos a hablar y bueno, nos vimos...

Como vemos, se trata de un encuentro que surge como repuesta a un corazón que clama a su *dons*, su doncella, su dueña.² El episodio parece servir como llamado al encuentro con aquello que había quedado relegado en el aplazamiento del amor. No obstante, el episodio es lo que llama al otro, pero a expensas de un detenimiento como grito del cuerpo y no como elección del yo. Una demanda que el otro responde desde el lugar de *eromenos*, la amada, que se dirige allí al yo de aquel que en lugar de amado, solo ha podido devenir *erastés*, amante, a condición de *atender al llamado de su corazón*, aquí no de forma metafórica, sino literal. Corazón que al fallar sirve a la demanda de amor que el yo, en su ilusión de totalidad, se resiste a reconocer.

Otro sujeto, una mujer de 65 años comenta lo siguiente:

Yo no sabía qué era el amor, no me interesaba...mmm... (silencio). Siempre con ira, no me bancaba a nadie, tenía que trabajar para mis hijas, porque el papá de ellas era un pirata, andaba con todas,

² Etimológicamente, la palabra doncella, deriva de "dons" que significa "dueña".

entonces lo saqué de casa. Pero después del infarto es como si el corazón me lo hubieran cambiado. (Comienza a reírse). Eso fue hace diez años y desde que eso pasó, me enamoré del médico que me vio, tiene treinta años menos. Yo soy feliz de ir al hospital, siempre lo busco para saludarlo y él habla conmigo, me escucha y me examina. Yo me emociono mucho cuando me toca, a veces las piernas porque tengo artritis... Ahora me río, trato de divertirme y no dejo que los sentimientos de rencor se apoderen de mí como las otras veces...

Una demanda de amor que deviene como efecto de un “cambio” de corazón, como lo señala esta mujer, algo que parece haber erotizado ese cuerpo que antes le era ajeno. El médico, que escucha esa demanda, sostiene esta manera de transferencia, tal vez sin saberlo. Sea como fuere, se ha convertido en destinatario de una libido que lo inviste poniéndola a ella en una demanda que él acoge cada vez que ella lo visita. Algo entonces se sostiene en ese amor, una transferencia que si bien o es precisamente analítica, parece servir de soporte al sujeto para acotar el exceso de eso que irrumpe. No hay pues que quitar importancia, por pequeño que parezca a lo que el amor, como resorte, puede producir.

Referencias Bibliográficas

- Freud, S. (1915). La represión. En Obras Completas, vol. XIV. Buenos Aires, 1979.
- Freud, S. (1924). El problema económico del masoquismo. En: Obras Completas, vol. XIX. Buenos Aires, 1979.
- Lacan, S. (1962). La identificación. Seminario Inédito.
- Poe, E. (1843). El corazón delator. En. Cuentos. Traducción de Julio Cortázar. Alianza Editorial. Madrid, 1970.